





# **LAS VECINAS**

**MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO**

53

—

2021

3

*Las vecinas*

*Imprime: Publicidad El Castillo  
C/ 9 de junio de 1910, 2  
14970 IZNÁJAR (Córdoba)  
Telf. y Fax: 957 53 47 19  
imprentaelcastillo@gmail.com  
www.publicidadelcastillo.com*

*Depósito legal: CO-470/2021*

**Miembros del Jurado**  
**Primer Premio de Relato Corto 2021**  
**Categoría Absoluta**  
**Ayuntamiento de Iznájar**  
**Publicidad El Castillo**

*Antonio Cruz Casado*  
*María José Núñez Villalba*  
*Francisco Martos Muñoz*  
*Silvia Moreno Marín*  
*José Luis Lechado Caballero*  
*Belén Ortiz Núñez*



Isabel sale con roja. Levanta el puño en alto y después sale. Ya nadie le presta atención. Alguna si acaso sonríe por su perseverancia. Dice que es la manera que tiene de homenajear a su abuelo, represaliado en la Guerra Civil. Para confirmar sus orígenes humildes siempre cuenta que no conserva ningún retrato de él. Recuerda vagamente una fotografía en la mesita de noche de su abuela, pero no sabe dónde habrá ido a parar. Cuando sus padres vinieron a vivir a Madrid, lo vendieron todo. Regalaron algunos enseres y muebles. Puede que en algún cajón viajara la única fotografía, pero, como a tantas cosas, le ha perdido el rastro. No se le olvidan los ojos

acuosos de su abuela cuando lo mencionaba. Un día se lo llevaron y ya nunca volvió. Salir con la roja, en realidad, es una superstición de Isabel. Petri elige la verde e Inés, la azul. Y la amarilla, entre rumores de que da mala suerte, es para la última que llega a la partida.

Hace ya algún tiempo que se reúnen los viernes por la tarde en casa de Isabel a jugar al parchís. No recuerdan cómo comenzó todo. Cuando tratan de hacer memoria, cuentan historias diferentes. Les une un denominador común: las seis están solas. Tres divorciadas, dos viudas y Dolores, al cuidado de su madre, soltera. Como solo se precisan cuatro jugadores, cuando coinciden las seis, algunas juegan en el mismo equipo. Una se encarga de tirar el dado y otra de avanzar en la casilla. Aquí nadie se queda fuera. La semana que cobran —las pensiones y los sueldos no dan



para mucho— sustituyen la partida por una sesión de cine.

Isabel se divorció en el 2010. Le ha costado volver a reír, pero ahora, con las aguas en calma, procura que no se le borre la sonrisa —no es fácil—, aunque aún le da repelús pensar en hombres. Se divorció el año del Mundial. Menudo gol le marcó Germán. Para no romper las tradiciones, se enteró la última de que su marido se la pegaba con una compañera del trabajo. Fue Inés a quien le tocó darle la noticia. Estuvo rumiando varios días cómo hacerlo para que la encajara lo mejor posible. No es plato de buen gusto, pero no podía permitir que humillaran así a su vecina y amiga, ni que fuera la comidilla del barrio. A Isabel le supuso un esfuerzo titánico acostumbrarse a la nueva situación. Al principio se lamentaba de que había arrojado cuatro años de noviazgo y doce de matrimonio por la borda, hasta que se hizo

a la idea de que durante esos años había sido más o menos feliz y que, como ya nada tenía remedio, no valía la pena dolerse del pasado. En cuanto se vio sola, buscó trabajo. A Germán no le gustaba que trabajara, con su sueldo en el taller tenían más que suficiente, y donde se pusiera una casa limpia y un plato de comida caliente que se quitara cualquier capricho. La pensión de compensación que le quedó a Isabel era escasa, pero, como tenían guardados sus buenos ahorros, pudo comprarle su parte del piso a Germán y romper del todo. Anduvo días desanimada porque pensaba que no servía para nada, hasta que comenzó a trabajar en la pastelería de la esquina y descubrió que los caprichos sí eran importantes. Y las bambas de nata, deliciosas.

Las partidas de parchís alivian a cualquiera. Aunque alguna lo ha intentado, no hay psicólogo que supere una reunión de amigas, por no decir lo que se ahorran,

que no está la economía como para andar tirando cohetes. Ahora andan intranquilas por Petri. No se lo comentan, pero, desde luego, qué mala suerte la pobre. Desde que pasó lo de la niña, no ha vuelto a levantar cabeza. Quién lo hace cuando tu niña se muere de repente con seis meses. Para colmo, después llegó lo de la estafa de los sellos y su despido de la fábrica. Parecía que le había mirado un tuerto. Y ahora le salen con el quiste en el riñón. Llevaba tiempo quejándose de infecciones de orina, pero, como le teme tanto a un médico, se fue dejando y dejando hasta que le descubrieron a cuento de qué venían tantas infecciones. El pronóstico es bueno, así se lo ha dicho el oncólogo, pero ya anda liada con sesiones de quimio y revisiones constantes. Cuando se encuentra mal, Isabel se encarga de cuidarla. Hoy por ti, mañana por mí. La soledad busca hilos con los que tejer las horas vacías y las necesidades.

Petri no se desprende de la ficha verde y ninguna se la disputa. La esperanza es lo último que se pierde. Eso sí, no quiere que Teo se entere de su enfermedad. No quiere dar lástima. Lo pasaron tan mal cuando lo de la niña que no supieron canalizar el dolor que acabó dando al traste con su matrimonio. Él se refugió en el juego y entre lo de los sellos y el bingo se quedaron con lo puesto. Les ha hecho prometer que ni una palabra del tema a Teo. Acordarse de él es remover el pasado, y remover el pasado es que supuren de nuevo heridas que no han cicatrizado. Vivió meses con la idea del divorcio rondándole en la cabeza, hasta que la situación se hizo insoportable y temió que se pudieron hacer aún más daño. Era mejor una retirada a tiempo. Repartieron lo que les quedaba y Teo se fue a vivir lejos. Tanto que Petri no le ha vuelto a ver. A veces, aunque nunca se lo ha confesado a nadie, piensa que la niña murió por su

culpa, que no se despertaba nunca para vigilarla. Y le entran unas ganas de llorar que solo se le pasan imaginándole muerto. Por eso no quiere tenerlo cerca, porque solo pensar en él se aviva su lado malo.

Comienzan la partida. Helena lanza el dado y le sale un seis. Vuelve a tirar. Hoy está de suerte. Un cinco. Sale.

—Agita bien el cubilete —le recrimina Isabel.

—No seas tramposa —bromean todas.

A veces, Helena se pregunta de dónde es. Nació en Rumanía, pero ya lleva en España veinticinco años. Sus padres y sus suegros siguen allí, y lo normal sería querer regresar, pero no es así. Tiene a su marido, a Cosmin, enterrado en Carabanchel y su deseo es que la entierren con él.

—¡Qué cosas tienes! ¿Por qué piensas eso ahora?

—No, no creáis que estoy todo el día con este runrún, pero mis hijos ya no vuelven a Craiova. ¿Qué sienten ellos por esa tierra? ¡Qué mejor que juntos todos algún día!

Logra hablarlo con media sonrisa. El tiempo ayuda. Aunque los dos eran ingenieros, en Rumanía no había nada que hacer. Pisaron suelo español con miedo y esperanza, pero aquí no estaba la situación mucho mejor. Cosmin consiguió colocarse de ayudante en una empresa de telefonía. Ella se ofreció a lavar cabezas en una peluquería y con el tiempo ha llegado a ser la encargada. Cuando la pobreza aprieta el bolsillo, la agudeza fortalece el ingenio. Primero alquilaron el segundo y, pasados cinco años, dieron la entrada para comprar el apartamento y firmaron la correspon-

diente hipoteca. Y, cuando empezaban a ver la luz, sobrevino el accidente. Una mañana, Cosmin no llegó al trabajo. La carretera helada provocó que la moto derrapara y se estampara con la mediana de la autovía. ¿Por qué no es posible recuperar a tu marido si unos instantes antes seguía vivo, sano, estable por fin? ¿Cómo se soluciona? ¿A qué viene tener que resignarse a algo que no se acepta? Se sucedieron días en que solo deseaba morir y, en vista de que no la dejaban, dormir. Hasta que uno de ellos, uno cualquiera, se dio cuenta de que sus dos pequeños habían perdido a su padre y la necesitaban. Una fuerza que nadie se explica de dónde salió la impulsó a tirar adelante con sus niños, hoy dos hombres buenos, altos como torres, el vivo retrato de su padre. Helena no teme olvidar el rostro de su amor porque lo ve en sus hijos. Siente que vivan tan lejos, en Londres, donde han encontrado mejores tra-

bajos que en España. Al menos, ellos están juntos. Helena sigue enviando dinero fuera, a sus padres y suegros, porque la peluquería, aunque hay que echarle muchas horas, sigue en pie, no como otros negocios del barrio, que se han ido a pique. Por eso, las amigas le dicen que no se queje de su mala suerte, que Dios aprieta y no ahoga. Helena se emociona. Se le empañan los ojos y se le escapa una lagrimita. Tremenda suerte, piensa, pero se agarra al optimismo. También tiene que agradecer que sus hijos estén bien y cambia de tema:

—He sacado un cinco. Por fin.

Helena, en ocasiones, ve la vida como un juego. Una sale a ganar y después interviene el azar. Pero siempre sale a ganar. En las partidas de los viernes, sorprende a menudo con una carambola. Saca un cuatro. Mete la ficha en casa. Se cuenta diez. Se come una ficha. Cuenta veinte y se



coloca la primera. ¡Qué fácil! Bromea con la bobada de que afortunada en el juego, desafortunada en amores. Ríe. Helena no pierde su sonrisa blanca y limpia, pero por dentro se le encogen las tripas. Nada ha salido como esperaba. Helena daría su vida porque su marido estuviese a su lado. Claro que la daría.

Hay viernes en que acaban achispadas. Cada una prepara un plato. No faltan las tortillas de patatas, unas croquetas, unas bravas, aceitunas... Ni un vino con que regar la comida. A la segunda risa ya se escapan las carcajadas por el patio de vecinos. No les importa que las critiquen. Más vale que nos tengan envidia que lástima, aseguran. No saben de quién habrá partido la ocurrencia, pero les han puesto mote. Las de cuatro bodas y un funeral. Maldita la gracia que tiene, pero no les importa. A nadie se le pasa por la cabeza caminar con zapatos ajenos. Pero ellas siempre rematan

la noche con risas. La vida no da para tanta desgracia ni tanta tristeza. Además, a nadie le tienen que dar explicaciones. Solo Dolores. Una noche bajó piripi y se equivocó con las pastillas de su madre. Hasta mediodía estuvo durmiendo. No había manera de despertarla. Dolores tiene dos hermanos. Uno es militar en Ceuta y otro vive en Barcelona. No es que se queje de ellos, que llaman a su madre a diario, pero venir a verla, vienen poco. En Navidad y poco más. Pero no se olvidan de ellas. Es lo bueno del teléfono. Dolores y su madre viven en el bajo, en la portería. Por lo visto, el padre de Dolores murió en la guerra y, al reconocerle la condición de viuda, le ofrecieron a su madre la portería. Ni Dolores se ha creído nunca lo de la guerra. No le encajan las fechas, pero no tiene por qué dudar de su madre. El piso es pequeño, pero para ellas dos está muy bien. Cuando vivían todos, Dolores compartía cama con su madre y

sus hermanos dormían en el otro dormitorio. A Dolores le encanta recordar aquellos tiempos, aunque pasaran más estrecheces. En primavera, retocan la pintura del piso porque humedades no le faltan, aunque desde que su madre no se mueve, no escatiman el calor del brasero. Al acabar el invierno, la pared del salón, que da a la calle, parece un mapamundi. Nadie es perfecto. La madre de Dolores está muy bien atendida. Por las mañanas, mientras Dolores trabaja de cocinera en un colegio cercano, viene una peruana a atender a su madre. Solo la tiene contratada para que la cuide y saque de paseo. Menos mal que con esta congenia bien, porque Dolores pasó una temporada que no sabía ni qué hacer. A todas les encontraba su madre defectos. Por las tardes, Dolores se echa la siesta en el sofá y su madre dormita en la silla de ruedas frente al televisor. Le encantan las telenovelas. Esos amores imposibles y esas

vidas desgraciadas. Dolores cree que su madre duerme mucho, en exceso. Les cuenta a las chicas que tal vez lo haga para olvidar y no tener que pensar. Intenta acordarse de algún momento en que haya visto a su madre radiante, que haya sido ligeramente feliz, y no le viene ninguno a la mente.

—Eso tú no lo sabes. No llegamos a conocer todo sobre nuestros padres —la animan.

—Ni siquiera recuerdo uno mío.

—No sé a qué viene eso. Tú siempre has sido libre.

—Sí, sí, libre. Al menos vosotras habéis estado casadas, habéis conocido el amor. Yo, como quien no quiere la cosa, me he quedado para vestir santos.

—Calla, desdichada—le contesta Inés.

Entonces, Inés agita el dado. Lo agita en el puño y sin necesidad de cubilete lo lanza. De la mala leche, el dado rebota en el tablero y se pierde en el suelo.

—¡Mira adónde lo has mandado, Inés! ¡A tomar vientos!

Inés, cuando uno menos lo espera, tiene arranques de ira. Maldita la hora en que se casó. Maldito el pueblo entero. Cuando oye hablar de lunas de miel se le ponen los pelos de punta. ¿Dónde fue a parar la dulzura de su Alfonso? ¿Por qué alcantarilla se coló? Pasó toda la noche de bodas llorando en la terraza de la suite del hotel. Ha tratado en múltiples ocasiones de recordar quién le aconsejó vestirse de esa manera para complacer a su marido, quién le proporcionó esa barra de labios roja y ese maquillaje egipcio, pero no lo consigue. Se habría evitado la primera de las tantas palizas que le dio su marido, cada una teji-

da con una excusa distinta. Con lo ilusionada que ella estaba y con su familia en contra, cómo admitir que tenían razón, que aquel hombre era un bruto y que se veía venir. Pero estaba enamorada, y el amor está reñido con la razón. Habría seguido viviendo con él toda la vida. Habría esquivado sus golpes y los habría llorado en silencio, si no hubiese sido porque un día la tomó con el niño.

—Si no te gustan las espinacas, te las comes.

—Déjalo. ¿No ves que lo asustas?

—Tú no te metas donde no te llaman. ¿Qué quieres? ¿Un blandengue?

Y, de un empujón, lo tiró contra la alacena. Se ensañó con él. Al día siguiente, preparó una maleta con lo imprescindible y dejó su casa. Cuando se presentó en la de

sus padres escuchó el peor de los consejos. ¿No habría nadie que los quisiera bien?

—Tú decidiste casarte con él. Dejaste que te hiciera un hijo. ¿Ahora vienes con estas? Vuelve por donde has venido.

Pero Inés ya estaba resuelta a abandonarlo. Por primera vez tomaba ella las riendas de su vida. Deseaba que saliera bien. Se había dado cuenta de que no contaba con ningún apoyo. Compró dos billetes de tren a Madrid y pidió ayuda en los servicios sociales. Si le hubieran preguntado años atrás que se iba a ver en esa situación, no lo habría creído. Alfonso le rogó que volviera. Que él sin ella y el niño no era nadie. Se plantó en casa de los padres de Inés para reclamar lo que era suyo, pero no supieron darle señales de ella. No habían pasado cuatro semanas cuando él dejó de molestar. Pronto se hartarían de andar por ahí mendigando, se dijo.

Inés temía flaquear. Vivir en un piso de acogida en una ciudad extraña con gente extraña no era lo que había soñado. Si Alfonso solo la pegara a ella, no dudaría en regresar. Para espantar esos pensamientos de flaqueza, se forzaba a contemplar la cicatriz del pecho y las huellas indelebles en su piel. Rememoraba la noche en que vio a su hijo llorar en silencio y la promesa que le hizo de que no volvería a suceder. Después, la suerte se puso de su lado y consiguió un trabajo. Inés comprendió que había tocado fondo y que ya solo podía ascender.

—Tres. Segura en casa.

Inés y Andrea son pareja en el parchís. Comparten ficha el viernes que hacen pleno y comparten planta, la tercera. Los hijos nunca le vinieron a Andrea, por más que se hartaron de estimularle los ovarios y de tratamientos carísimos. Cuan-



do a Inés le propusieron la jornada partida, se le vino el mundo encima. A ver cómo se las apañaba para cuidar de Fonsi por la tarde. Tuvo intención de pedírselo a su vecina, pero le dio miedo herirla con la presencia del niño. Lo cierto es que no fue necesario. En cuanto Andrea se enteró, se ofreció a hacerse cargo de él. Fonsi pasaba de un piso a otro como si no existieran las cerraduras. Mateo, el marido de Andrea, le ayudaba con los deberes y después salían a pasear al parque. Fonsi no paraba de hablar de él. Que si Mateo esto que si Mateo lo otro. Alguien tenía que tratarlos con cariño en este mundo. Al fin y al cabo, ¿a quién habían hecho daño ellos? Mateo ejerció a su manera de padre. Le concedía caprichos, los justos, pero también le exigía resultados en las notas y se preocupaba por verlo contento. Por eso, la enfermedad de Mateo les cayó como un mazazo. No dudaron en devolverle el favor y el afecto

recibido. Fonsi, durante los últimos días, le leía los mismos cuentos que tantas tardes habían compartido. Le traía agua cuando le sentía decaer, le untaba los labios reseco con vaselina. Por su parte, Inés se ofreció a hacer turnos con Andrea. No sabían cuánto podía durar la agonía y no querían que pasara ni un segundo solo. Resulta curioso cómo uno puede encontrar una familia donde menos se lo espera.

Es el turno de Petri. Se pone nerviosa cuando se acerca el momento de lanzar el dado. Tiene la costumbre de soplarlo para insuflarle suerte, como cuando era niña. Avanza seis y se coloca en seguro. Vuelve a tirar. De nuevo seis.

—Vais a ver cómo me sale otro seis. Desde luego que hoy no es mi día.

Pero le sale un cuatro y se libra de volver a casa.

—Diez años. Diez años hace hoy que me separé—suelta Isabel.

No viene a cuento, pero a veces mezclan, como en una terapia, sus cavilaciones. Le toca jugar a Helena, pero se queda enredando con el dado, a la espera de que alguien conteste a Isabel. Durante unos segundos parece que ha pasado un ángel, que alguien ha congelado la imagen.

—¿Qué quieres que te digamos? ¿No tenía suficiente contigo? A amor mal correspondido, ausencia y olvido—sentencia Inés.

Inés se reclina en el sillón, cansada de hombres. Hombres que no han sabido quererlas.

—Me habría gustado que todo hubiese sido diferente —insiste Isabel.

Inés no puede comprender. Su llaga sigue supurando. De un manotazo, echa a

volar las fichas. Isabel se agacha a recogerlas, todas desperdigadas.

—¿Diferente? ¿Diferente qué? Tendríamos que nacer de nuevo. Eso es lo que nos haría diferentes.

—No os torturéis. La vida no es tan simple para resumirla así.

—Sí, pero no podemos lamernos las heridas. Hay que dejar el pasado atrás.

—Ojalá fuera tan fácil. Tan fácil como dejar el cubo de la basura en el contenedor.

—Los hombres buenos no estaban para nosotras. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Qué nos falta ahora?

Andrea y Helena cruzan sus miradas. Ellas sí se tropezaron con hombres buenos, pero el destino se los arrancó en la flor de la vida. ¿Por qué a ellas? Helena se acuerda de su Cosmin. Del día que dejaron

atrás su casa en Rumanía para encontrar fortuna en España. ¡Quién sabe cómo andarían ahora de no haber dado ese paso! Puede que fueran felices. Cómo saberlo. Intenta contener las lágrimas.

Lo que es evidente es que la partida ya no tiene sentido. Inés guarda las fichas, el dado y los cubiletes. El tablero vacío. No suelen acabar así las partidas, pero hay días en que es mejor no tentar a la suerte ni despreciar una buena retirada a tiempo. Después de la tormenta suele llegar la calma.

O sigue la tormenta. Suenan sirenas. Se asoman a la ventana. No han pasado más que unos instantes cuando la gente se arremolina en la calle. ¿Qué habrá pasado? Isabel abre la puerta de su casa y sale al rellano. Huele a humo. De hecho, por el tiro de escalera, convertido en chimenea, asciende una columna de humo. Bajan

atropellándose. El vecindario aturdido quiere ayudar, pero la policía, que nadie sabe de dónde ha salido, pide tranquilidad.

—Un brasero.

—El brasero de la señora Lola.

—El brasero —reverberan las palabras como el eco.

Dolores sale temblando. No tiene en este mundo a nadie más que a su madre. ¿De qué le sirven esos hermanos que nunca ve? No puede estar pasándole esto. No a su madre. Aparta a empujones a la gente. Quiere avanzar, pero un imán desconocido, el miedo, la mantiene soldada a las baldosas del portal. ¿Cómo se ha congregado todo el mundo tan pronto? ¡Qué locura de sirenas y mangueras! Los vecinos se apiñan en la entrada, a pesar de que no es posible discernir qué pasa en el vestíbulo. Tanto es el humo. El olor a quemado es

insoportable. A punto de desvanecerse, se acerca un desconocido. Alguien le ha alertado de que es la hija de la señora Lola. Un hombre de bata blanca.

—Es tu madre.

—No, mi madre, no.

Dolores se aferra a la bata blanca, pero ya no oye más. Las imágenes, enturbiadas por la humareda, se confunden y pierde el conocimiento.

—Solo quería decirte que tu madre está bien. Hemos logrado sacarla a tiempo.

Pero Dolores está ausente, no escucha las torpes indicaciones del médico, que intenta reanimarla. Cuando vuelve en sí, sus compañeras de partida ya se han organizado para gestionar el desastre. Ella solo tiene que tranquilizarse.

Otra vez que su madre se ha quedado dormida con el brasero puesto. Y ese

maldito cojín que se ha resbalado. Dolores bendecirá, aunque pueda resultar una burla del destino, su buena suerte. No ha pasado nada. Tiembla al pensar que le pudiera faltar su madre. Podría haber ardido el edificio. Incluso podría haberse extendido por toda la calle. Pero no ha pasado nada. Su madre se recuperará en breve. Dos o tres días en observación. Una mesa y unas sillas nuevas. Ese es el resumen del desastre. Tampoco ha venido mal cambiar el mobiliario.

Inés, Helena, Isabel, Andrea, Petri, Dolores. No esperan cambiar el mundo. Se sienten bien dentro de él. Solo desean que continúe girando, que siga en marcha el motor. No faltarán viernes de mujeres. Como quiera que se encuentren, nunca faltarán.